



JORGE OESTERHELD

ANTE DIOS

Nuestras ilusiones y la fe.

Del diccionario:

Ilusión: Idea, imagen sin realidad, sugerida por la imaginación o por error de los sentidos // Esperanza infundada.

Fe: Crédito que se da a las palabras por la autoridad de quien las dice.

Contenido

I Nuestra imagen de Dios

II Imaginación y vida espiritual

III Lo inimaginable: Jesús

IV En espíritu y en verdad

V Amar bien

VI En este mundo

VII Dios es más grande

I

NUESTRA IMAGEN DE DIOS

*Oh tú, Dios vecino...
Sólo una leve pared entre nosotros,
casual. Pues bien pudiera
ocurrir que la derribase sin
ruido alguno un grito de tu boca,
o de la mía.
Pared con tus figuras levantada.*

Rainer M. Rilke

En estos versos se describe de manera poética lo que muchas veces nos pasa cuando sinceramente y con nuestra mejor buena voluntad o queremos rezar o buscar de alguna manera una forma de acercarnos a Dios. A los pocos pasos es como si encontráramos una pared. Quisiéramos pasar al otro lado, intuimos que Dios está detrás, pero no podemos.

Es una pared muy especial, para describirla lo mejor sería imaginarnos aquella pared que nos separa de un hombre inmensamente rico, o de un asesino, o de un monje. Los ladrillos de esas paredes son nuestras propias imágenes de lo que son, o deben ser, esas personas.

En realidad, sabemos que son hombres con los cuales quizá podríamos entendernos si tuviéramos oportunidad de tratarlos asiduamente, pero como no forman parte de nuestra vida cotidiana nos tenemos que resignar a tener de ellos tan solo unas ideas generales. Lo mismo puede suceder con algún vecino de quien un día oímos hablar mal.

Algo similar puede pasarnos con Dios: hay entre nosotros y él una verdadera pared levantada con sus figuras, con frases, conceptos, gestos y actitudes que nos pintan un Dios con el que no podemos comunicarnos. Habitualmente nos conformamos con eso; lo aceptamos como un hecho inevitable, y así vivimos, el buen Dios convertido en buen vecino a quien sin saber por qué no saludamos.

Al pensar en esto nuestro primer impulso es echarle la culpa a los demás, suponemos que todas esas figuras fueron puestas por otros y que si no estuvieran allí todo sería mas fácil. Otras veces con cambiar

algunas palabras o gestos creemos haber saltado la pared y, por ejemplo, decimos "Dios es amor", o "Dios es mi amigo", y abandonamos expresiones como "Dios Todopoderoso y Eterno"; y nos quedamos tranquilos como si hubiéramos descubierto el gran misterio, cuando en realidad ambas expresiones pueden ser igualmente indescifrables y vacías.

El camino más directo para acabar con esa pared levantada con figuras está muy bien señalado por el genio del poeta. El nos dice que esa pared es "casual" y que para derribarla es suficiente "un grito de tu boca o de la mía". No será que no hemos dado nunca ese grito? No será que nuestro buen vecino se empeña en derribar con su grito esa pared que nosotros, como infatigables albañiles, levantamos una y otra vez?

En nuestras sociedades y en nuestro tiempo, nos cuesta mucho aceptar a un Dios personal y cercano al que podemos amar por sí mismo, que tiene sus exigencias para con nosotros y al que no podemos utilizar a nuestro antojo. Nos cuesta aceptar que Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene y asumir que nuestra condición humana es débil y necesitada. Es por eso con sus figuras, construimos esa pared con la que luego, sorprendidos, tropezamos.

Somos nosotros los que fabricamos dioses que podamos comprender, que nos sirvan para vivir y para ser felices. Somos también nosotros los primeros insatisfechos, y es lógico, porque "un Dios que nos sirva" no tiene sentido, lo que necesitamos es un Dios al cual servir.

Estas páginas son un intento de desenmascarar algunas de nuestras trampas y de mostrar el camino que nos lleva hacia la brecha que hay en esta pared de figuras, hacia la única imagen divina que no podemos inventar nosotros, hacia ese grito de Dios que derriba todas las paredes con una sola palabra: Jesús.

II

IMAGINACION

Y VIDA ESPIRITUAL

*"No vamos a complacer a Dios
con muchas palabras, muy bien
hilvanadas y muy bien pensadas.
El busca nuestro amor..."*

Santa Teresa

Todos los hombres tenemos la capacidad de crear en nosotros un mundo interior. Con nuestras posibilidades de reflexionar, imaginar, recordar, hacer planes, y tantas otras, construimos una vida "interior" con elementos que tomamos del mundo "exterior" y que combinamos de distintas maneras.

Podemos así crear verdaderos universos que superan incluso nuestra capacidad de expresión y que en su contenido se diferencian según las inquietudes de cada uno. No es igual el mundo interior de un matemático que el de una mujer que vive pendiente de la moda, ni el de un niño que juega solo que el de un sacerdote que medita en su templo. Cada uno ha construido su mundo y puede ocurrir que ese mundo sea para ellos más importante que el otro, el "exterior", que, sin embargo, todos comparten.

Así como el matemático o el niño que juega pueden construir su propio mundo interior, de la misma manera algunas personas construyen una rica interioridad con elementos religiosos que encuentran en su entorno y que satisfacen sus necesidades e inquietudes.

Si queremos dar pasos más seguros en nuestro camino hacia una mejor comunicación con Dios, es muy importante distinguir entre una vida interior construida con elementos religiosos y lo que se llama vida espiritual, porque no todo lo que ocurre en nuestro interior, por el simple hecho de no ser visible o palpable, es algo espiritual.

Lo que en este momento estamos llamando "vida interior con elementos religiosos", puede nacer de una necesidad de explicación del mundo, de la vida, de la muerte: de la necesidad de tener unas normas de conducta, una explicación última del dolor y de todo lo que no se puede comprender. O puede brotar de sentimientos de

soledad, tristeza, melancolía, y porque nace de estos sentimientos o de aquellas necesidades, la vida "interior" es búsqueda constante y su perfección consiste en encontrar respuestas que den paz y sosieguen el alma.

La vida espiritual, en cambio, no busca la propia tranquilidad, sino agradar a Dios; el objeto no está en uno mismo, sino afuera; su actitud fundamental no es la búsqueda, sino la receptividad; y esto es así porque si se trata de agradar a alguien lo más importante es estar atento para descubrir su voluntad cuando ésta se manifieste.

La vida espiritual no surge de alguna necesidad de explicación o de una carencia afectiva sino del impulso del amor. Solo, pensando y proponiéndomelo puedo elaborar un universo interior y hasta descubrir algo que cambie la historia de la humanidad, pero no puedo amar. El amor está en nosotros como capacidad o promesa, pero no podemos engendrarlo con nuestras propias fuerzas y una vez nacido no depende sólo de nuestros cuidados. Mirándonos a nosotros mismos no descubriremos nunca a nadie que despierte en nuestro interior un afecto verdadero, y tampoco podrá encenderse en el alma el amor a Dios. Si se trata de amor no se puede ser sólo obra nuestra sino también obra del Espíritu de Dios con nosotros. Si nos abrimos a Dios el amor se encenderá en nosotros y ese será el origen de una vida nueva: la vida espiritual.

Por eso la mayor perfección que se puede alcanzar en la vida espiritual, consiste en llegar a querer sólo lo que Dios quiere, de la misma manera que se desea cumplirla voluntad de la persona amada: agradándola en todo, procurando adelantarnos a sus deseos y temiendo ofenderla o disgustarla con nuestra torpeza.

Para llegar a este punto hay que recorrer un camino a veces corto y otras veces muy largo, pero que de cualquier manera exige cuidado. La dificultad no está tanto en lo empinado o escabroso del sendero sino más bien en la similitud que existe entre la ruta verdadera y otras muchas que se le parecen pero que no conducen al mismo sitio. De todas las sendas que se abren ante nosotros la correcta no es ni la más difícil ni la más fácil, es solamente una y hay que saber encontrarla. En principio debemos desconfiar de los caminos muy agradables porque nos puede engañar nuestra comodidad, pero también de los muy complicados, porque Dios es simple y crecer en su amor no puede ser una carrera de obstáculos.

El primer paso para andar este camino es aceptar que no vemos nada, sólo después vamos a poder empezar a creer en lo que no se ve, que eso es la fe. No tenemos que comenzar mirando nuestro corazón y nuestra vida para preguntarnos si ellos pueden hacernos vivir en relación con Dios, antes debemos creer en ese Dios, debemos

saber por la fe que vivimos en su presencia. Lo primero es esa presencia que no vemos pero en la cual creemos, una presencia que es anterior a la atención que podamos prestarle, que no comienza a existir cuando nos ponemos a pensar en ella. Dios está ahí, lo pensemos o no, lo escuchemos o no, lo amemos o no. Un error muy común es comportarnos como si la fe fuera solo el principio de un largo camino por el que se avanza de gracia en gracia y de paz en paz, y con la mirada puesta en esas gracias y esa paz, no miramos lo único cierto, lo más importante: ese primer paso, la fe; nuestro mejor tesoro.

Para que nuestra vida espiritual no sea obra nuestra sino obra de Dios con nosotros, es necesario aferrarse a esa fe sin adornos, a esa primera mirada. Juzgar la fe por los sentimientos, los ardores o fervores, arideces o tristezas, nos hace errar el camino. La fe, cuanto más absoluta y perfecta, es más silenciosa y discreta. Una fe pura y viva es a la vez un don de Dios y algo muy humano y simple.

No se trata de cerrar los ojos y fruncir el ceño para tomar conciencia de que Dios está presente, se trata de abrirlos y sonreír aceptando una presencia que está ahí aunque yo no piense en ella. Aceptar esa presencia sin mirarla demasiado, dejar a un lado la imaginación, saber simplemente que el Señor está ante mí y en mi corazón, desear amarlo a él y a lo que él ama, ese es el principio. Por aquí se comienza el día que decidimos abrir nuestro corazón al Señor y por aquí se sigue comenzando cada mañana. En pocas palabras: aceptar que no vemos nada, creer en Dios con sencillez y no dejarnos llevar por la imaginación.

Este último tema (no desviarnos por el camino de la imaginación) es muy importante. Comprenderlo bien nos abre las puertas hacia la más pura vida espiritual cristiana, es decir hacia una vida que tiene a Jesucristo como el centro de todo, como la fuente en la que comienza todo y el fin hacia el que se encamina la vida entera.

Pero si nos dejamos llevar por la imaginación estamos volviendo al punto de partida, en realidad estamos intentando ver. Ya que no hay manera de ver con nuestros ojos intentamos hacerlo con la imaginación. Nos hacemos imágenes como los fabricantes de ídolos, comenzamos a construir nuevamente una vida interior y no dejamos que el Espíritu construya con nosotros una vida espiritual.

Hay una manera de no quedar atrapados en las sutiles redes de las imágenes que nos inventamos es dar otro salto de fe: no sólo creer en la presencia de Dios, creer también que Dios se hizo hombre en Jesús de Nazaret y que en él vamos a encontrar lo que queremos saber de Dios. Si Dios no se hubiera encarnado en Jesucristo sería

imposible reemplazar la imaginación por otra cosa, no podríamos haber superado el nivel de una vida interior más o menos rica.

A partir del instante en que acepto y creo que Dios se ha manifestado en Jesucristo, el centro de mi vida espiritual debe fijarse ahí: en el Señor Jesús. El es el camino y en él deben estar todas las respuestas. Si decíamos hace un momento que la perfección en la vida espiritual consiste en amar lo que Dios ama y cumplir su voluntad, y decimos ahora que ese Dios se ha manifestado en Jesús, entonces la diferencia entre vida interior y espiritual hay que buscarla en el lugar que ocupa Jesucristo. Crecer en la vida espiritual es hacer de Jesús el centro de nuestra existencia, que él sea el Señor, el Rey.

Gracias a Jesucristo en lugar de imaginación podemos tener conocimiento de Dios y en lugar de "tranquilidad interior" podemos tener amor de Dios. Cómo adquirir este conocimiento y amor tan sublimes? La respuesta a este interrogante quizá nos desconcierte por su simplicidad, pero no hay otra: mirando vivir a quien ha superado todo lo que podíamos imaginar y desear: Jesús de Nazaret. Mirando a Jesús y hablando sencillamente con él iremos cultivando una vida espiritual auténtica, es decir, no inventada por nosotros mismos. Si lo miramos vivir en los Evangelios y en la Iglesia, si hablamos con él en nuestro corazón, en el templo, caminando, en cualquier lugar y en todo momento, se romperán nuestras pequeñas imágenes de Dios y se abrirá nuestro corazón hacia dimensiones insospechadas.

III LO INIMAGINABLE: JESUS

*"El es Imagen de Dios invisible".
Col. 1, 15*

Si abandonamos el atajo de la imaginación y entendemos que no es necesario "ver" sino creer, entonces estaremos dispuestos a preguntarnos todas las veces que sea necesario: ¿Qué quiere decir "creo en Jesús"? ¿Qué es creer en Jesús?

¿Es creer que Jesús vivió en un tiempo y en un lugar, que predicó y fue perseguido y asesinado?. No no es suficiente, en realidad eso no se cree, se sabe, nos lo dice la historia, es un hecho o una serie de hechos que están ahí, que simplemente ocurrieron. Ser cristiano no es solamente "creer que Jesús existió", porque si no sé esto, no soy "no-cristiano", soy alguien que sabe poco de historia.

¿Creer en Jesús es pensar que él fue una persona llena de sabiduría y bondad cuyo ejemplo hay que imitar? Tampoco es solamente esto, mucha gente cree que ser cristiano es imitar a Jesús, y que eso es tener fe en él, pero es como quedarse a mitad de camino. Ver a Jesús como un gran hombre, como muchos que han hecho bien a la humanidad, no es suficiente para hacer de él el centro de nuestra vida.

¿Qué es entonces creer en Jesús? Volvamos a recordar los hechos porque en última instancia creer en Jesús es tomar una decisión personal ante un hecho concreto. Recordemos: después de muerto Jesús el sepulcro apareció vacío (esto se sabe, es historia) y ante este hecho se tomaron dos posturas: unos dijeron que los discípulos se habían robado el cuerpo (poner cita), otros comenzaron a anunciar que Jesús había resucitado(poner cita).

A partir de ese día cada hombre que oye hablar de Jesús se enfrenta ante sí mismo a la decisión de creer en una cosa o en otra. Nos llegan dos versiones distintas de un mismo hecho, o creemos en la información "oficial" de los jefes del pueblo o creemos en la "buena noticia" que anuncian los Apóstoles. No hay posibilidad de algo intermedio, alguien miente.

¿A quién le creo? No nos apresuremos a contestar, sepamos que la respuesta que nos demos afecta toda nuestra vida. Si creo que no resucitó, entonces creo Jesús fue un buen hombre, un idealista como tantos y que sus amigos mienten impulsados por alguna intención o están un poco trastornados por lo acontecimientos vividos. Pero si creo la buena noticia (el Evangelio) de la Resurrección, entonces

Jesús se convierte para mí en la persona más decisiva, fundamental y determinante que haya existido, o mejor dicho, que existe, porque si resucitó está vivo.

Creer en Jesús es creer que ese Jesús de Nazaret, de quien nos habla la historia, está vivo. Así de simple y así de importante.

Mirar vivir a Jesús es tomar en nuestras manos los Evangelios buscando saber más sobre ese que ha resucitado. No tomarlos para consolarme, buscar paz, argumentar contra alguien o confirmar mis opiniones sino leer como se lee la carta de quien amamos, atrapando con fervor cada una de esas palabras que establecen una misteriosa proximidad entre nosotros y ese resucitado, que nos cuentan cómo fue su vida, como eran sus gestos, su manera de amar y su ternura. Si miramos vivir a Jesús en el Evangelio él nos enseñará todo lo que debemos saber para que sin necesidad de imaginación o sensiblerías sepamos adorar a Dios en espíritu y en verdad.

Pero acercarnos así a Jesús nos lleva inmediatamente al encuentro de muchas otras personas. Para empezar, nos llevará al encuentro de María, de los Apóstoles y de cada personaje, grande o pequeño del Evangelio. Luego nos permitirá descubrir un pueblo entero, el pueblo de Israel, una nación cargada de historia y de acontecimientos extraordinarios.

También nos impulsará a ver la historia de la Iglesia, la vida de los santos y todas las grandezas y miserias de los cristianos. Ese Jesús que vive en Nazaret está incompleto si lo separamos de aquello que lo precede y de toda la historia que se transforma a partir de su paso por el mundo. Creer en Jesús afecta nuestra manera de leer la historia universal y la nuestra personal.

Ahora bien, regresemos al sepulcro vacío que nos obliga a tomar una decisión: o creemos a quienes dicen que los discípulos se robaron el cuerpo por la noche o creemos a Pedro y a los Apóstoles que nos dicen: "ha resucitado". Notemos algo que suele pasar inadvertido: si digo que creo que Jesús resucitó, en ese mismo instante estoy afirmando que creo en los Apóstoles que me dicen que resucitó, pues por ningún otro camino me ha llegado esa noticia. La fe en la Resurrección es inseparable de la fe en la Iglesia, que es la que me dice que resucitó.

La Resurrección de Jesús transforma y hace decisivos para nuestra vida todos los gestos y las palabras del hijo del carpintero y da una nueva dimensión a la historia de su pueblo, pero también todos los gestos y las palabras de aquellos que vieron a Jesús resucitado, que hablaron y comieron con él, adquieren una importancia insoslayable para nosotros.

Para tener una vida espiritual que se nutra con alimentos sólidos y no con imaginaciones y sensiblerías, es preciso que además de mirar vivir a Jesús en los relatos de la Sagrada Escritura, tener la valentía de verlo en la Iglesia y de ver la Iglesia como la continuación de su obra y su presencia.

Para dar este paso puede ayudarnos volver una vez más a los hechos y detenernos a observar con detalle un acontecimiento fundamental de la vida de Jesús, concretamente, reflexionar sobre las causas de su condena a muerte y ejecución. La condena de Jesús es consecuencia de un triple enfrentamiento: con los letrados, con el pueblo y con el poder romano.

Ante los letrados, que no se preocupaban primeramente del hombre sino de defender las instituciones (la ley, la tradición, el sábado, etc.) Jesús defiende a las personas concretas (el paralítico, la prostituta, el centurión, etc.). La defensa del honor de Dios llevaba a los letrados al desprecio del hombre. En cambio, para Jesús, los dos mandamientos son inseparables: Dios está presente en su imagen, el hombre, y es pecado desechar al hombre para encontrarse con Dios. Quien esto hace no adora al Dios verdadero.

El enfrentamiento con el pueblo tiene características similares. Jesús toma partido por los oprimidos contra los opresores y en ningún momento es neutral en esa lucha. Pero Jesús no hace suyos los deseos de quienes quieren eliminar a los opresores por la fuerza escudándose en motivaciones religiosas, porque eso también era convertir a Dios en enemigo de su propia imagen, el hombre. Es el mismo error de los letrados, quien pretende alzar a Dios contra el hombre no conoce al verdadero Dios.

En el enfrentamiento entre Jesús y Pilatos, vemos a Jesús que es inocente y Pilatos lo sabe, pero él representa al César y puede disponer de la vida de los hombres. Lo que importa es el imperio, el poder, el equilibrio político, y en atención a esos intereses él tiene el poder de sacrificar a los hombres sean o no inocentes. El Dios hecho hombre es condenado por el representante de un hombre que se atribuía a sí mismo los poderes de Dios.

Tanto los letrados (que lo hacen detener y piden su muerte) como el pueblo (que lo abandona y elige a Barrabás) y el romano (que sabiéndolo inocente lo hace ejecutar) son esclavos de su propia ceguera, ceguera que tenía origen en un Dios inventado por ellos mismos. Cada uno creía en un Dios que servía a sus intereses (la ley, la revolución, el imperio) pero en realidad lo que tenían era intereses y a partir de ellos elaboraban una imagen de Dios que les sirviera.

Era necesario que Jesús, que no tenía pecado porque no había en él interés distinto al de Dios, manifestara con sus palabras, con sus gestos, su vida y su muerte, al Dios verdadero, es decir, no fabricado por hombres. La resurrección de quien de esa manera había sido condenado a muerte, es la confirmación definitiva de sus palabras y su vida.

Jesús con su vida, muerte y resurrección realizó la salvación. El hombre estaba condenado a "fabricarse dioses" que respondieran a sus intereses y la vida de Jesús era el precio que había que pagar para liberar al esclavo. Era preciso que muriera como murió para que al resucitar todos supieran que el Dios que anunciaba no era invento suyo.

Si Jesús debía morir y resucitar, ¿cómo entonces se podía continuar su obra y reiterar a cada generación y en cada lugar el anuncio del Dios verdadero? Jesús continúa su obra en aquellos hombres que con sus palabras y sus vidas reviven lo que realizó él: vivir en comunión con un Dios verdadero (no fabricado por hombres) y realizando su voluntad.

Los que creemos en la resurrección de Jesús formamos la comunidad en la que el mismo Jesús permanece como presente. Y como Jesús no vivió en su cuerpo mortal manifestando constantemente todo su poder y su belleza para hacer posible una respuesta libre de los hombres, vive en los bautizados con una apariencia humana y frágil, para manifestarse a todos con la delicadeza de quien ama, no buscando un acatamiento a su voluntad que se impone, sino una respuesta libre de amor a su presencia que nos atrae.

El Señor no vino solamente a hablar, sino que tenía que vivir y morir como lo hizo. Por lo mismo debía quedarse no sólo en palabras sino en personas que vivieran y murieran creyendo en él, dando testimonio del Dios verdadero.

Si miramos vivir a Jesús en el Evangelio él nos llevará de su mano a mirarlo vivir en la Iglesia, él nos enseñará a descubrirlo y amarlo en esa comunidad que él ama y que nos presenta como su cuerpo que continúa actuando. Si miramos vivir a Jesús en el Evangelio y en la Iglesia, se nos abre de par en par la posibilidad de adorar a Dios en espíritu y en verdad.

IV

EN ESPIRITU Y EN VERDAD

*"Llega la hora, ya estamos en ella,
en que los adoradores verdaderos
adoraran al Padre en espíritu
y en verdad".
Jn. 4, 23*

Ese Jesús a quien podemos mirar en la Sagrada Escritura y en la vida de la Iglesia, nos libra de la ceguera que nos produce un Dios inventado por nosotros mismos. Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, al revelarnos al verdadero Dios hace posible la verdadera oración es decir, un diálogo real con alguien concreto que no es invento mío. Por lo tanto, un diálogo que no depende solamente de mí, ni en sus palabras, ni en su duración, ni en su contenido o resultado.

Todas las formas de diálogo con Dios, cuanto más alejadas están de Jesucristo se hacen más subjetivas, incomunicables e inseguras. El hombre tiende constantemente a fabricarse dioses, y además esto él lo sabe, y por eso su inseguridad o su temor.

La oración cristiana es un verdadero diálogo con el verdadero Dios, porque en Cristo Dios se nos presenta humanamente, y por lo tanto, adquiere también él ese aspecto incómodo o inasible que tienen para nosotros, en mayor o menor grado, todas las personas que tratamos. Jesús en la Escritura y en la Iglesia está presente como alguien concreto, con aristas que no comprendemos y exigencias que nos modifican.

En la oración cristiana el hombre no piensa en Dios como un muchacho piensa en la mujer que le gustaría tener, sino como piensa el esposo en esa mujer que todos los días comparte su lucha por la vida. La grandeza de orar en Jesús es que tenemos como interlocutor a un Dios que no depende de nosotros, que tiene su opinión sobre nuestra vida, que nos dice lo que no le gusta, que reclama de nosotros parte de nuestro tiempo y que espera nuestra colaboración. En una palabra, es un Dios cercano que por encima de todo, y para nuestro bien, quiere que correspondamos el amor que nos tiene.

Es muy simple orar como Jesús nos enseñó, sólo hace falta tener conciencia de quienes somos y de quien es aquel a quien nos

dirigimos. Cuando la oración es para nosotros "un problema" es que aún no hemos entendido nada y planteamos la cuestión de una manera que no tiene solución; nos parecemos a un anciano carpintero cuyas manos ya han perdido las fuerzas y nos dice que su problema es el martillo porque ya no clava bien los clavos. Es absurdo.

Si la oración es para tantos cristianos "un problema", es porque se ha perdido el sentido de la realidad, es por el profundo divorcio que hay entre nuestra vida cotidiana y nuestra fe. Sin los ojos bien abiertos a la vida, sin una verdadera percepción de nuestra impotencia, y con un Dios fabricado o rebajado a nuestra medida, no se puede avanzar ni un paso por el camino del crecimiento espiritual.

Lo mejor que podemos hacer por ese anciano carpintero es explicarle que el martillo no es el problema, que lo que ocurre es que él ya no tiene fuerzas, que si él recupera su energía de antes el martillo volverá a servir. De la misma manera quien tiene "el problema" de la oración debe tomar conciencia de la poca fuerza de su espíritu y no enredarse en interminables reflexiones sobre la oración.

Cuando la oración se convierte en un tema constante de nuestras cavilaciones, charlas y lecturas; cuando en nuestra relación con el Señor nuestro problema es la oración, quiere decir que ya no oramos y que hemos perdido la brújula de nuestra vida espiritual, que sólo tenemos una vida interior fabricada por nosotros mismos combinando a nuestro antojo las frases de la escritura, el ejemplo de los santos y las enseñanzas de la Iglesia. Si la oración es un tema de moda en determinados círculos, y un problema para muchos, no es escribiendo o hablando sobre ella que se va a orar más y mejor; al contrario, porque de hecho las charlas, los cursos y los libros sobre la oración se han convertido en un sucedáneo de la oración misma.

Orar no es algo fácil ni difícil, es, simplemente, nuestro instrumento de trabajo y un don de Dios. Si abrimos de verdad los ojos ante la realidad y miramos a la cara nuestra debilidad, nuestra miseria y toda la miseria que nos rodea, si aceptamos esa conciencia de radical impotencia que sentimos ante la multitud de tragedias que hay en el mundo, si reconocemos ante nosotros mismos lo efímero de nuestras vidas y nuestras obras, si, en una palabra, abrimos los ojos, entonces la oración brota espontánea, nos volvemos hacia Dios con sencillez y le pedimos lo que con nuestras fuerzas no podemos lograr. Es algo profundamente humano y simple, lo inhumano y artificial sería no hacerlo.

De la misma manera, cuando somos capaces de abrir el corazón a las palabras y a los gestos de Jesús resucitado, presente y actuando en este mundo; cuando aceptamos un Dios verdadero y por eso mismo

incómodo y exigente, como es exigente cualquier persona que nos ama de verdad; cuando abrimos los ojos a todas las maravillas que ese Dios hace por nosotros, entonces también brota sin esfuerzo de nuestros labios la oración de petición, la alabanza y la acción de gracias.

Si abrimos los ojos la oración brota de nuestro corazón, si somos dóciles Dios nos concede el don de orar, pero estas dos cosas no eliminan algo que nunca podemos olvidar: de nuestra parte, la oración es una tarea. Es fundamental comprender que la oración, en cuanto acción humana, puede ser, como cualquier otra actividad, bien o mal hecha. Que Dios "escriba derecho con renglones torcidos" no nos quita a nosotros la responsabilidad de hacer bien los renglones.

Lo importante no es rezar mucho o poco sino rezar bien, maduramente, con seriedad, como quien es conciente de estar haciendo algo que exige la mayor responsabilidad. Habitualmente se reza como se es: el inmaduro lo hace inmaduramente, dejándose llevar por los estados de ánimo, el egoísta reza pensando en sí mismo y el perezoso reza cuando quiere. El crecimiento en nuestra oración depende del desarrollo de nuestra madurez humana y, a su vez, una vida de oración encarada con seriedad nos ayuda a madurar.

Nuestra oración es madura cuando es estable, o sea, que no depende de los vaivenes de los estados de ánimo, sino al contrario, por encima de tristezas y alegrías, depresiones o euforias, fervores o arideces, la relación con Dios mantiene su propio ritmo; cuando es pura, y entonces va más allá del propio interés buscando siempre el cumplimiento de la voluntad de Dios; cuando es agradecida y todas las suplicas son acompañadas de acción de gracias, alabanzas y adoración; cuando es simple y por lo tanto practicable en todo momento y compartible con los demás.

Sólo la Iglesia puede enseñarnos a orar así y lo hace fundamentalmente a través de la liturgia, su oración oficial. Es en ella donde se aprende a usar la sagrada escritura, a ser simple, contemplativo, constante, sereno, desinteresado. Cuando somos capaces de orar con las palabras de la Iglesia, cuando nuestro corazón se alegra al repetir oraciones que desde hace siglos están en la boca de todos los cristianos, cuando descubrimos que la liturgia refleja magníficamente todas las ansias de nuestro corazón, entonces experimentamos que, de verdad, no somos nosotros los que oramos sino el Espíritu que ora en nosotros; y usaremos las palabras de los santos porque el mismo Espíritu que estaba en ellos está en nosotros; y usaremos las palabras de María y los Apóstoles porque el mismo Espíritu que hizo en ellos grandes cosas también arderá en

nuestro corazón; y usaremos las palabras de Jesús porque él envió a nuestros corazones su Espíritu Santo para que podamos decir a Dios "Padre".

Y así, dejando el hombre viejo, nos habremos "revestido de Cristo", abandonado una vida interior, quizá rica pero obra nuestra, y adquirido una vida espiritual obra de Dios con nosotros. Entonces adoraremos a Dios en el Espíritu y de verdad, porque será el Espíritu con nosotros, que usando las palabras de la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, hará de cada uno una alabanza agradable a Dios nuestro Padre, el único Dios verdadero.

AMAR BIEN

*"Cristo, en la misma
revelación del misterio
del Padre y de su amor,
manifiesta plenamente
el hombre al propio
hombre y le descubre
la sublimidad de
su vocación".
Concilio Vaticano II, G.S. 22*

Jesús no ha venido solamente a decirnos quién es Dios y cómo tenemos que tratar con él, también ha traído su mensaje sobre el hombre y el mundo. En él se revela el misterio de Dios y así se nos abre la posibilidad de una oración verdadera, pero también en él se nos manifiesta el misterio del hombre, y por lo tanto, el secreto que hay escondido en cada uno de nosotros y la clave para lograr una convivencia plena.

Una errónea interpretación del mensaje de Jesús, muy difundida en los últimos tiempos, hace que hoy tengamos que afirmar que cuando hablamos de vida espiritual nos referimos a una realidad que afecta al hombre entero, tanto en su dimensión psicológica como corporal, en su vida individual como social. El solo hecho de que sea necesaria esta aclaración nos muestra lo distorsionada que está la comprensión del Evangelio en nuestros días. Ningún contemporáneo del Señor hubiera pensado un instante que Jesús venía a salvar "el alma" o que para amarlo a él había que desentenderse de las responsabilidades de la vida.

Si miramos vivir a Jesús en las Escrituras y en la Iglesia, es evidente que su mensaje es asombroso también por lo que dice con respecto al hombre. La Resurrección del Señor es la resurrección de un hombre y al creer en ella afirmamos no sólo que Jesús resucitó, sino también que es posible que un ser como el nuestro resucite, que tenga una vida nueva y definitiva en una dimensión distinta.

Creer en el resucitado afecta nuestra actitud ante el universo entero, porque este ser capaz de resucitar que es el hombre está hecho de barro, es decir, viene de la tierra, su vida orgánica, sus células, sus procesos químicos, los elementos que lo constituyen, los encontramos también en el resto de la creación. Jesús nos revela el misterio de Dios, del hombre y del mundo, y creer en él y querer vivir

una vida espiritual verdadera es una aventura que llamamos interior porque se inicia en nuestro corazón, pero que sacude al hombre entero y repercute sobre todo lo que le rodea.

Son muchas las personas que consideran que la fe de los cristianos es algo que afecta exclusivamente el campo "espiritual", entendiendo por "espiritual" la relación individual e íntima entre el hombre y Dios. Incluso algunos cristianos tienen ideas poco claras sobre el tema y viven como ensimismados y en una profunda incoherencia entre su fe y su vida concreta. Y esto no se debe a que el egoísmo o la debilidad personal les impida una vivencia más plena del Evangelio, es algo más profundo: existe una toda actitud, que surge habitualmente de una mala lectura de los místicos, que convierte la "huida del mundo" en la característica principal, como si la vida cristiana fuera tanto más perfecta cuanto más alejada de las realidades temporales. Esto ya no es una separación de hecho entre la fe y la vida, sino una concepción que por principio defiende esa separación.

Hoy es especialmente urgente recordarlo: la Resurrección de Jesús es también una buena noticia sobre el mundo, sobre el valor insospechado de cada momento y cada gesto. Si no descubrimos esto nuestra vida espiritual naufraga inevitablemente, y nuestra alegría de ser cristianos se convierte en el fruto de un esfuerzo intelectual y no en algo real y concreto. Para crecer espiritualmente es indispensable una alegría verdadera y ésta nace de una manera concreta de vivir y no de algunas ideas sobre la vida.

La Resurrección de Jesús le da una nueva dimensión al amor humano, al trabajo de cada día, a todo lo que miramos. La alegría y la esperanza que surgen de nuestra fe, no son el consuelo al que se recurre ante una desgracia o durante una tarde más o menos melancólica. Es el fruto de una manera distinta de mirar el mundo, este mundo que a nuestros ojos no sólo ha sido creado por Dios, sino que también lleva en sí la semilla de una nueva creación, que va surgiendo como una obra que ya no es sólo de Dios sino también nuestra.

Desde nuestra fe Dios no es un primer principio de todas las cosas, impersonal y abstracto, ni tampoco un ser personal y omnipotente que ha creado todo pero que permanece inaccesible y se desentiende de su obra. Una religión que tenga estas concepciones de Dios no tiene ningún motivo trascendente para ocuparse del hombre y del mundo. Para el cristiano Dios es un ser personal y omnipotente que ha creado todo por amor, con quien se puede hablar y a quien se puede pedir. Creemos en un Dios que se revela al hombre, que nos habla y manifiesta su voluntad. Y a esta idea de Dios se corresponde una idea del mundo, éste no es algo que no tiene nada que ver con Dios, ni algo malo que se opone a él o algo impuro de lo cual hay que

alejarse; por el contrario, es una obra buena, salida de las manos de un Padre y confiada al hombre para que él la gobierne.

Esta visión de Dios y del mundo se corresponden a su vez con una concepción del hombre, según la cual para el cristiano, el hombre no es un ser bueno que sólo hay que dejar libre para que realice espontáneamente el bien, ni algo irremediabilmente corrompido incapaz de buscar otra cosa que la satisfacción de todos sus deseos. La fe nos enseña a ver al hombre como creado por Dios "a su imagen", dotado de inteligencia y voluntad, capaz de conocer la verdad, dueño y responsable de sí mismo, con la posibilidad de elegir entre el bien y el mal. Único e irremplazable, cada ser humano es a la vez un ser social y por eso absolutamente necesitado de una comunidad que lo condiciona al mismo tiempo que lo engrandece.

Es inevitable: si tenemos una idea pequeña de Dios será igualmente estrecha nuestra visión del hombre y del mundo. Muchas veces no encontramos la manera de crecer en nuestra relación con relación con Dios porque no estamos dispuestos a cambiar nuestra relación con el mundo, con los hombres, con nosotros mismos. Cada paso que damos en el conocimiento y el amor de Dios tiende a modificar nuestra manera de pensar y de actuar en la vida concreta. La aceptación del Evangelio exige una conversión, un cambio de actitud ante la realidad, que a su vez impulsa una modificación concreta de nuestras actividades y compromisos. Erramos la ruta cuando queremos pasar directamente desde el Evangelio al compromiso, sin haber pasado antes por un profundo cambio de actitud ante la realidad, la realidad de este mundo, estos hombres, y ese ser humano concreto que es cada uno.

En la medida que nuestra vida espiritual es obra del Espíritu con nosotros, se ensancha nuestra visión de todo lo que nos rodea y nuestro corazón se hace más hospitalario y comprensivo. Al contrario, en tanto nuestra vida interior es algo que nosotros fabricamos trabajosamente a partir de nuestras ideas sobre Dios, el mundo y los hombres, nuestra mentalidad se hace más sectaria y nuestro corazón se vuelve intolerante. Esa vida es muchas veces muy similar a la de un buen cristiano pero en realidad se vive más preocupado por lo que no hay que ser (no ser como los de izquierda, no ser como los ricos, no ser como los intolerantes, no ser como los progresistas, no ser "como todo el mundo", etc.) que preocupados por todo lo que sí hay que ser, hacer, vivir, crear, alabar, agradecer. Parece la vida de un cristiano, pero no se vive atraído por esperanzas sino asustado; se vive, curiosamente, sin una tabla de valores propia, porque en realidad sólo se tienen en claro los anti-valores que hay que combatir.

Cuando un cristiano vive impulsado por el Espíritu una vida espiritual construída sobre bases sólidas, tiende tanto a distinguirse de los demás hombres como a dialogar con ellos. A distinguirse, porque el Evangelio impulsa a una forma de vida concreta, y a comunicarse porque en esa forma de vida no tienen cabida la indiferencia, el temor o el desprecio. Al contrario, se vive abierto a la crítica y al diálogo precisamente porque se tiene un camino propio, porque se avanza confiado en Jesús y apoyado en valores trascendentes.

Hay un profundo contraste entre la figura de muchos cristianos que hoy se llaman "comprometidos" y la figura de un enamorado del Señor como San Pablo, aquellos se sienten más cristianos cuanto más protestan por lo mal que marcha el mundo, y Pablo proclama con su vida y sus palabras lo que nos diferencia de los paganos: "no estéis vosotros tristes como esos que no tienen esperanza" (1 Tes. 4,13).

Desde la fe, que hace nuestro corazón generoso y que nos da una visión del mundo y del hombre amplia y a la vez realista, nace una urgencia por construir, en cada tiempo y lugar una convivencia plena. La vida espiritual nos empuja hacia una valoración de cada instante de la existencia y de cada ser humano. Nos urge a un compromiso para que todo hombre sea reconocido en su dignidad, que tenga lo necesario para vivir, para cultivar su espíritu, para ser libre; que pueda formar una familia, vivir una amistad, expresar su pensamiento, conocer a Jesucristo, amar a Dios. Esta urgencia que brota del corazón del cristiano y que se realiza en gestos concretos, es el signo más claro que tenemos sobre la autenticidad de nuestra propia vida espiritual.

En definitiva, volvemos al eterno tema del amor: si amamos a Dios tenemos que amar a nuestros hermanos. Pero esta realidad tan antigua, cada tiempo, cada pueblo y cada hombre, la vive de maneras distintas. Con el amor ocurre algo similar a lo que señalamos con respecto a la oración, hoy estamos acostumbrados a expresiones como "amar mucho" o "amar poco", en realidad debiéramos decir "amar bien" o "amar mal".

La clave no está en si amamos mucho o poco a Dios y a los hombres, porque si planteamos así las cosas no hay un punto de referencia objetivo, no tenemos una unidad de medida, lo que es mucho para unos es poco para otros. El signo para saber discernir si realmente nuestra vida espiritual es impulsada por el Espíritu, tenemos que buscarlo en nuestra capacidad de amar bien. Jesús debe ser el punto de referencia, el polo que atrae la brújula de nuestro corazón; aquel que nos señale el camino del buen amor. Es una cuestión de calidad, no de cantidad; nuestro amor es mejor cuanto más se parece al suyo.

El Señor con su vida y sus palabras derriba la pared que nos separa de Dios, esa pared que levantamos "con sus figuras", como decíamos al principio usando la imagen de Rilke; y en ese instante caen también las paredes que nos separan de los demás hombres y del mundo. A partir de ese momento, cuando ya no tenemos un Dios inventado por nosotros mismos, queda abierta la posibilidad de amar bien, de amar como Jesús, de crear una armonía entre los hombres que supere lo que nosotros habíamos imaginado.

La visión cristiana de Dios, del hombre y del mundo, rompe las imágenes que los hombres fabricamos con respecto a nuestra propia convivencia y nos sorprende al revelarnos la posibilidad de un camino distinto para construir la anhelada unidad.

VI

EN ESTE MUNDO

*"Sed prudentes como las serpientes,
y sencillos como las palomas".*

Mt. 1, 23

En definitiva, todo lo que hemos dicho hasta ahora es que gracias a la Resurrección de Jesús podemos tener una vida espiritual auténtica que no se apoye en fantasías. Esa buena noticia de la Resurrección que transforma el horizonte de nuestra existencia, es lo que anuncia la Iglesia desde siempre y lo que reitera también en nuestros días.

Nuestra vida espiritual es una realidad muy íntima y personal, pero no es algo absolutamente privado, el contexto social influye sobre ella de muchas maneras. Hay tiempos y grupos sociales que favorecen el desarrollo de una vida espiritual sana y otros momentos y sociedades en los que se requiere un mayor esfuerzo del individuo. También la vida espiritual de cada uno influye sobre el grupo y una comunidad que vive dócilmente de acuerdo con el Espíritu de Dios, modifica la sociedad más amplia de la cual forma parte.

Este final del siglo XX que nos toca vivir, no es un tiempo fácil para escuchar la buena noticia de la Resurrección y cultivar una vida espiritual cristiana. Ahora lo que importa es la eficacia, que las personas y las cosas sean útiles, que sirvan. Los principios por los que se rige la economía se han filtrado hasta nuestro corazón y los aspectos más íntimos de la vida son juzgados en función de la utilidad. Nos acostumbramos desde la niñez a usar todo para nuestra propia satisfacción, sólo nos interesa lo que nos hace sentir bien, la espontaneidad es un valor incuestionable y el esfuerzo algo que debe evitarse. En el campo religioso personal se considera que lo válido es "lo natural", es decir, lo que brota sin esfuerzo, cualquier elaboración propia es sospechosa de falsedad o de enfermedad psicológica.

Además, vivimos en un mundo marcado desde hace mucho por un materialismo asfixiante que ha invadido todos los órdenes de la vida y que ha sido violentamente combatido por idealismos de todos los colores. Estos idealismos han tenido a su vez consecuencias funestas y se han convertido en falsas opciones que desembocan en nuevas esclavitudes. Unos y otros destruyen por igual la libertad y la riqueza

de las personas: el materialismo porque encierra al hombre en este mundo sin ninguna posibilidad de trascendencia, y los idealismos porque lo sacan de él sin darle nada concreto a cambio.

Es lógico que en este contexto las palabras de la Iglesia anunciando la Resurrección de Jesús suenen fuera de lugar. No es fácil percibir su utilidad, exigen un esfuerzo interior, no parece una cuestión muy urgente y son palabras que no entran dentro de los esquemas de moda. Para aquellos que no están interesados en superar el nivel más inmediato y material, la Resurrección de Jesús es una cuestión, en principio, sin importancia. Para los que viven en el mundo de las ideas un tema que no tiene la claridad que ellos necesitan y por ello la dejan de lado, aunque sí se ocupan de la vida y las palabras de Jesús y encuentran en ellas mucho material para sus elaboraciones intelectuales.

En éste contexto no es difícil perder el rumbo cuando se quiere crecer en la vida espiritual. El mundo nos plantea opciones falsas a cada paso y esto nos exige un esfuerzo constante y una captación inteligente de lo esencial que nos permita descubrir aquello que es verdaderamente importante. Por eso comenzamos tratando de distinguir entre la vida interior y la vida espiritual, quisimos preguntarnos sobre nuestra fe en Jesús y luego volver la mirada hacia lo único definitivo y verdaderamente nuevo: la Resurrección del Señor.

Sólo este acontecimiento puede hacernos superar de verdad esa trampa hacia la que se nos empuja en estos tiempos y que podemos formular de esta manera: o dejamos de pensar y aceptamos el mundo tal como es, nos dedicamos a ganar dinero y vivir lo mejor posible, o nos embanderamos detrás de tal idea y empeñamos nuestro corazón en la lucha contra los que no piensan como nosotros. En otras palabras: o las satisfacciones del materialismo, o el gusto de tener razón y luchar por una causa que consideramos noble. Los jóvenes y los corazones generosos suelen elegir la segunda posibilidad y así ya se han engendrado tristes experiencias que culminan en efectos quizá no pensados por los iniciadores: comunismo, fascismo, nazismo, terrorismo, dictaduras, han sido las respuestas a los idealismos más extremos. Sin embargo estos pasan y el materialismo es cada día más poderoso, y es lógico, entre obedecer a las leyes de la materia, a los caprichos de la naturaleza y el destino, o someterse a la voluntad de los hombres, los humanos siempre hemos elegido lo primero.

El mayor peligro para los cristianos de este tiempo es olvidar la resurrección, rebajar el Evangelio a unas ideas, y oponer así al materialismo imperante un idealismo (moral, político o de cualquier tipo) construido con frases de Jesús. El materialismo es un enemigo

que tiene fuerza pero que es grande y torpe, fácil de ver. Más peligroso es ese sutil encanto de las ideas y las imágenes que nos impiden tener una relación de amor con Dios y tranquilizan nuestra conciencia con palabras robadas a Jesús.

Cuando lo que escuchamos no son las palabras de Jesús, sino la de otros que a Jesús se las robaron, y con ellas hacemos un mundo interior a nuestra medida, que sólo compartimos con quienes piensan como nosotros, entonces además de errar nuestro camino personal hacemos imposible la unidad y la vida comunitaria. Entonces, en nombre de Dios se siembra la división y volvemos a ser como los que mataron a Jesús. Pocas cosas tan difíciles de compartir como la vida interior y pocas tan fáciles como compartir la vida espiritual. Si el Espíritu es uno la comunión es posible, si lo que queremos compartir son ideas quizá logremos algo que exteriormente parezca una comunidad, pero donde cada uno vivirá separado y lejos de los demás. Cuando no hay preocupación por el desarrollo de la vida espiritual, ha caído por la base la posibilidad de un progreso en la convivencia.

También por este motivo es conveniente reflexionar sobre estas cuestiones y saber distinguir la vida espiritual de otras cosas que se le parecen. Porque no sólo son muchos los cristianos que en el fondo de sus corazones están desorientados por ideologías e imaginерías, sino también son abundantes los intentos comunitarios que naufragan por carecer del suficiente vigor espiritual y estar saturados de lo que la misma escritura llama "palabrería vana". Personas excelentes, ideales maravillosos y resultados muy pobres, la explicación de que somos pecadores no es suficiente, además estamos equivocados. No sólo hace falta buena voluntad, también es necesario que haya más luz. Un signo de cuanto hay de ideologías y cuan poco de Evangelio, es que en el fondo del corazón muchas veces nos duele más la posibilidad de no tener razón que la seguridad de ser pecadores.

VII

DIOS ES MAS GRANDE

*"Anunciamos lo que ni el ojo vio,
ni el oído oyó,
ni al corazón del hombre llegó,
lo que Dios preparó para los que le aman".
1 Co 2, 9*

Dios no sólo es más grande que todas las cosas, también es mejor que el mayor de nuestros sueños o deseos. Busquemos encontrar a Dios tal como es y no como nosotros lo empequeñecemos. Debemos recordar a cada momento que Dios es más grande que lo que nosotros podemos imaginar, que es en verdad tanto más grande que casi es un desconocido. Muchas personas ahogan su posibilidad de crecimiento espiritual porque tratan con Dios como si ya lo conocieran, o al menos, como si ya supieran de él lo que se puede saber.

Si somos cristianos y conocemos a Dios manifestado en Jesucristo, si formamos parte de la Iglesia y conocemos y amamos a Jesús de Nazaret, si lo admitimos en nuestra vida como el resucitado presente en los sacramentos, si escuchamos su enseñanza e intentamos vivirla, entonces con más motivo debemos vivir abiertos cada día a descubrir al Señor como algo siempre nuevo e inefable. Toda la revelación no nos ha sido dada para eliminar o disminuir el misterio de Dios sino para despertar nuestra admiración y nuestra inquietud, para que encendida la llama del amor se avive en nosotros la pasión por conocer más a quien deseamos amar siempre mejor.

Nuestro Señor es un Dios-con-nosotros, pero esta proximidad no disminuye o relativiza su condición divina. El es Dios, que sea misericordioso no nos autoriza a ser desconsiderados, que esté con nosotros no lo hace como nosotros. "Dios-con- nosotros" no sólo quiere decir que vino a este mundo como hombre verdadero, que nos habla como amigo y está aun cerca nuestro en la Iglesia que es su Cuerpo. Además de esto quiere decir que hace su obra con nosotros. Dios, creador del cielo y de la tierra, que solicita su sí a María y busca para nacer un lugar en la posada, también con delicadeza y sin forzar una respuesta, está en nuestro corazón sometiendo el poder de su Espíritu todopoderoso a nuestro deseo de dejarlo actuar. De esta manera la obra realizada es totalmente suya y nuestra, y cada paso que damos en la vida espiritual es en verdad una obra de Dios con nosotros.

En esta prodigiosa cualidad de ser una obra realizada por Dios, con nosotros, radica la originalidad, la riqueza y la belleza de una vida espiritual cristiana, y aquí está también la respuesta propia de los discípulos de Cristo a las inquietudes del mundo moderno. El objetivo no es ir haciendo a Dios cada vez más comprensible y amable, sino al hombre más capaz de comprenderlo y amarlo. Si en nuestra vida espiritual queremos crecer de la ilusión a la verdad es necesario escuchar una palabra: Jesús. Y que caiga así esa pared que nos separa de Dios, esa imagen que nosotros construimos con sus figuras. Entonces podremos decir con Agustín:

"... y me di cuenta de la gran distancia que me separaba de ti, por la gran semejanza que hay entre tú y yo, como si oyera tu voz que me decía desde arriba: "soy alimento de adultos: crece y podrás comerme. Y no me transformarás en sustancia tuya, como sucede en la comida temporal, sino tú te transformarás en mí". (San Agustín, Confesiones).
